

Intercambio

«puesto a puesto»

Por María del Carmen SAEZ PENOUCOS (*)

El intercambio «puesto a puesto» tuvo lugar, de forma experimental, durante el primer trimestre del curso 1973-74 con Inglaterra y continuó sólo con este país hasta que en el curso 1975-76 se amplió también a Francia.

El intercambio consiste en que un profesor de español, inglés o francés, se hace cargo, en España, de las clases de inglés o francés de su colega español, quien a su vez, en Inglaterra y en Francia, imparte las clases de español correspondientes.

Mi experiencia docente de dos trimestres en «Lycées» franceses, en cursos sucesivos: octubre-diciembre 1975 y octubre-diciembre 1976, presenta rasgos a veces contradictorios, pero sumamente interesantes.

Durante el período octubre-diciembre 1975 estuve en el Lycée Romain Rolland. Este centro está enclavado en una «ciudad-dormitorio» y en él reinaba un ambiente de «izquierdas» en casi un 90 por 100, tanto entre profesores como entre alumnos, y a quienes la situación política del momento en nuestro país hacía estar muy motivados e interesados por España y lo español. Durante mi estancia en el Lycée Romain Rolland se me pidió que asistiera, en las horas libres, a otras clases de español; en ellas fui sometida a un auténtico bombardeo de preguntas sobre la juventud española, los estudiantes, el campo, los obreros, la canción, el cine, el teatro..., la sociedad, en suma. También en la hora libre entre el final de la comida, hacia la una, y el comienzo de las clases de la tarde, hicimos tres mesas redondas para las que los alumnos —todos los que tuvieran esa hora libre, hicieran español o no— habían dado previamente los temas: la enseñanza en España, los institutos de Madrid, la juventud y el trabajo.

Por el contrario, en el trimestre octubre-diciembre 1976, en un Lycée del cinturón burgués de París, los alumnos carecían de motivación especial y en algunos casos pude comprobar que su único interés consistía en pasar al curso siguiente. Ello puede, quizá, explicar que en Romain Rolland el español era la primera lengua para bastantes alumnos, mientras que en Albert Camus, mi segundo Lycée, los que habían elegido español como primera lengua eran escasos y

la mayor parte de ellos la estudiaban como segunda o tercera lengua extranjera. Este hecho en ningún caso es imputable a los profesores de español, muy bien preparados en ambos centros y que libran una batalla continua para conseguir que el español no caiga en el olvido en los Lycées.

Según el plan de estudios vigente, el aprendizaje de una lengua extranjera puede empezarse en «sixième» (equivalente al antiguo 1.º de bachillerato, actual 5.º de E. G. B.), en cuyo caso se la considera como primera lengua, o en «quatrième» (equivalente al antiguo 3.º de bachillerato y actual 7.º de E. G. B.), considerándola entonces como segunda lengua.

En lo que al español se refiere, la enseñanza está centrada casi exclusivamente en la lengua oral. Algunos inspectores de español son tan estrictos en eso y, a veces, tan rigurosos, que «prohíben» el escrito; esto puede explicar que un alumno de terminal (C. O. U.), capaz de sostener una conversación, se corte en medio de una frase para preguntar cómo se dice «sé», «conozco»... o cosas por el estilo. Al final del bachillerato, los alumnos franceses deben someterse a un examen tan importante en la vida de los franceses que los resultados del mismo ocupan el primer plano de la información nacional en los últimos días de junio. El examen de español no es el mismo para todos los alumnos; se mantiene la diferencia inicial entre primera y segunda lengua y sobre todo si el alumno es de Letras o Ciencias. Aquellos tienen un examen escrito que consiste en el comentario de un texto español y la traducción de una parte del mismo, y los de Ciencias sólo deben hacer un examen oral, aunque también han de llevar preparados temas como «La situación agraria en España a principios de siglo», «La dictadura», «La república», «La guerra de 1936-39», «La situación española actual (política, económica y social)», junto con otros temas referidos a Hispanoamérica (su historia, su situación socioeconómica, etc.).

(*) Profesora agregada de Francés del I. N. B. «Carlos III» de Madrid.

En el ámbito personal debo decir que el ambiente en Romain Rolland era más acogedor, más familiar, más cordial, había camaradería entre los profesores, mientras que en Albert Camus, de ambiente más burgués, excepto entre pequeños grupos, las relaciones eran frías, distantes, impersonales; en efecto, un «Monsieur» o un «Madame» protocolario salpicaba las conversaciones que rara vez se referían a otro tema que no fuera un intercambio de impresiones sobre alguna clase común o un alumno con problemas; desde mi punto de vista no existían ni la fraternidad ni la solidaridad que marcaban la vida profesional en Romain Rolland. Esto mismo podría decirse de la acogida que me fue dispensada por el claustro y de mis relaciones con sus componentes. En Romain Rolland la hora de la comida —se disponía de hora y media por lo menos— era un momento de charla, de cambio de impresiones, de distensión. En Albert Camus, por el contrario, si exceptuó el grupo de hispanistas, apenas he intercambiado alguna frase con dos o tres profesores más.

En Romain Rolland me invitaron a su casa bastantes profesores; en Albert Camus, siempre exceptuando los compañeros de español, he estado en casa de dos profesores (de inglés y alemán). Un trimestre, es cierto, no da tiempo para mucho, pero sí es suficiente para intuir cómo es la gente con la que se convive cinco días a la semana.

Mis mayores sorpresas me las dieron la Administración y los alumnos. La Administración, legítima heredera de Napoleón, resulta incongruente y yo me atrevería a calificar de «peligrosa». Ni el director ni el jefe de Estudios dan clase, con lo cual han roto ese contacto directo con los alumnos y con el profesorado. Su poder es omnímodo y cada año, sin intervención de nadie, «puntúan» a cada profesor según su criterio personal y esos «puntos», junto con los que dan los inspectores, son lo que permitirán que un profesor permanezca año tras año en el mismo «escalón» o consiga pasar al siguiente, mejorando así su situación académica y económica.

En cuanto a los alumnos, creo que todos estamos

de acuerdo en que las clases a nivel de bachillerato, sobre todo en Lenguas Modernas, no debe ser sólo una disertación magistral en medio de un silencio sepulcral, sino algo más vivo en la que el alumno sea parte activa y no un mero sujeto receptor, activo dentro del contexto de la clase y no al margen de ella convirtiéndose en un charlatán empedernido con los compañeros que le rodean; la disciplina, no una disciplina férrea ni dictatorial, sino la que consiste en el respeto de los demás no existe y cuando las clases son numerosas, el tratar de oír y hacerse oír por los que están interesados, en medio de ese murmullo constante, resulta agotador para un profesor español, aún mal acostumbrado a ello. Los colegas franceses comentan la falta de disciplina, eso sí, en las sesiones de evaluación, pero sin darle mayor importancia y, es más, encuentran expresiones como: «Es una clase viva, activa, simpática, etc.» Que un alumno bostee o se desperece no tiene la menor importancia.

En compensación los alumnos de bachillerato franceses, en general, tienen ideas claras, son capaces de concretar conceptos, de emitir juicios, a veces arriesgados, de desarrollar una teoría a partir de un pensamiento o de una idea, sin copiar frases o repetir lo mismo una y mil veces. Su capacidad crítica o de discernimiento está mucho más desarrollada que en la mayor parte de nuestros alumnos españoles.

Y para terminar, algunas observaciones sobre los manuales utilizados. Su contenido está formado por una selección de textos en prosa o de poemas de autores españoles o hispanoamericanos, pero tanto esta selección como las películas didácticas rodadas en España por equipos franceses son un tanto «tendenciosas». Los españoles, y supongo que también los hispanoamericanos, somos conscientes de nuestros problemas socioeconómicos, de las condiciones de vida en alguna de nuestra regiones y de la injusticia social que todo ello representa, pero también creemos que es patente que hay algo más que todo eso, que ha habido un cambio y que 1976 no es, felizmente, 1936, como muchos siguen creyendo. Lo peor es que así se lo enseñan a los demás.

A LOS LECTORES

«Revista de Bachillerato» se propone divulgar las aportaciones y experiencias de profesores y Centros. Para ello les animamos a enviar sus colaboraciones y sugerencias a nuestra redacción:

**«Revista de Bachillerato»
Avenida del Generalísimo, 207, 5.ª planta
MADRID-34**